

mirse por disposiciones litúrgicas en las llamas de una voraz hoguera. El rey, apenas vió á Kumarita, la quiso. Iodlah, que la viera mucho antes, experimentara inclinación análoga, menos íntima y pura, más intensa y fuerte. Kumarita, con la observación profunda é instintiva de su sexo, adivinó bien pronto la pasión inspirada por ella en el respectivo pecho de aquellos dos seres. Agastya de seguro amábala para mujer; Iodlah de seguro amábala para querida. El uno había sentido por ella la pasión violentísima que busca un minuto de placer, el otro la pasión serena que no se sacia ni con toda la vida ni con toda la eternidad.

El cuadro que formaba la escena ponía de manifiesto las pasiones allí levantadas por los diversos personajes. El rey se había quedado como fuera de sí al ver la increíble aparición de aquella hermosísima virgen. Sus ojos estáticos, su rostro abortado, su cuerpo rígido como el cuerpo de una estatua, indicaban la concentración completa en una sola idea, nacida de un solo sentimiento: del amor que le sobrecogiera en aquel minuto supremo. Kumarita, de pie frente al regio carro, envuelta en gasas, coronada de flores, con su cortejo de compañeras parecidas á turba de apsaras, ofrecía serenísimo aspecto y actitud, como de quien ha consumado, sin jactancia ni envanecimiento, indispen-

sable sacrificio. Junto á ella, crispados los nervios, convulsas las manos, relampagueantes los ojos, vibrándole sobre su cuerpo la fuerte armadura, el incendio de su pasión sensual repetido en el color de su piel, veíase á Iodlah, en quien podían sorprenderse todas las señales del apetito y del apetito frustrado. Los circunstantes, brahmanes, guerreros, vasias, artesanos, sacerdotisas, expresaban diversas pasiones, consonantes con su diversa respectiva compleción. Todos se asombraron; pero al asombro siguieron otros efectos. En los fanáticos veíase la ira causada por la profanación hecha con las pretensiones de joven modesta á subir hacia clases superiores, vedadas por el cielo á su origen y sangre. Pero como la sociedad no puede componerse tan sólo de fanáticos, en otras más dulces compleciones veíase aquella compasión encerrada por el Criador en el seno de nuestra naturaleza, que no pueden extinguir las más inhumanas supersticiones. A seguir los impulsos generales, aparte algunos sacerdotes aquejados de las enfermedades nativas en su jerarquía y conformadas por su educación, salvaran á la infeliz joven todos en aquel momento, quién por amor, como el rey; quién por apetito, como el caudillo; quién por compasión, como los cortejos de la regia corte; quién por amistad, como las jóvenes vírgenes consagradas en el



convento al culto de Nari, todas ellas muy devotas de la que había tomado, tanto por su prestancia como por su inteligencia, el primer sitio á la cabeza de su comunidad y de su clase. Pero las costumbres, fuertes en todo, lo son mucho más en materia de religión y de culto. Por consecuencia, imponen un rito en circunstancias como aquellas que ha de cumplirse fatalmente, siquier se alcen y subleven los más poderosos instintos. Un criminal no verá la luz del día. Degradación inmediata debe seguir al crimen, siquier aparezca tan artificioso como el cometido por Kumarita. Tras la degradación del oficio y puesto que ocupaba debía venir un encarcelamiento. Tras el encarcelamiento un juicio. Tras el juicio un patíbulo. En aquellas sociedades tiranizadas, bajo el peso de las castas, entre los oleajes de una guerra continua, perteneciendo el cuerpo á los reyes, el alma de suyo á los brahmanes, un derecho penal terrible reinaba necesariamente, y este derecho penal no se satisfacía con menos que con penas muy bárbaras, agravadísimas por los refinamientos de crueldad tan naturales á tiempos atrasados y á corazones endurecidos. Una mujer que aspirase á entrar del seno de unas clases en el seno de otras, cometía tal desorden religioso y moral que no lo pagaba sino con su vida. Por consecuencia, Kumarita se disponía seguramente á morir, y

á morir abrasada en aquellos holocaustos, donde por un resto de barbarie aun se ofrecían á los dioses víctimas humanas, cual en las edades más bárbaras. Estaba, pues, apercebido todo al horrible sacrificio.

Desde aquel momento ya no hubo reposo para el ánimo de tan joven como apasionado monarca. En el acto de coronarse y tomar posesión de un trono había caído como siervo bajo la pesadumbre de abrumadora cadena, la cadena del amor. Salió de su palacio llevando cautivos atados á su coche, y volvía cautivo de una tirana beldad. Así es que, desde la pagoda de Nari hasta el palacio de sus padres, aceleraba el rey la procesión que había ido con pausa tan solemne desde el palacio de sus padres á la pagoda de Nari. Deseaba entrar en el palacio, quedarse allí solo, á fin de recluirse dentro del propio pensamiento, y separado por entero de cuanto le rodeaba, decidirse á una suprema resolución. De haberse dejado llevar por sus primeros impulsos, saltara sobre todo y corriera desalado desde su coche á los brazos de aquella mujer idolatrada. Pero el temor natural á comprometer, por un acto contrario á todas las tradiciones, donde se alzaba el trono, un poder muy recientemente adquirido, lo detuvo, y le sugirió la idea de librar á resoluciones tomadas con mayor calma la salvación de aquella hermosa



joven y las indispensables satisfacciones á su ya, desde el nacer, exacerbada pasión. Análogo estado el de su caudillo y rey vasallo, el duro Iodlah. También él sentía por Kumarita, sino amor, deseo. Y estos deseos de un momento, por menos vivideros, resultan á la postre más intensos, como necesitados sobre todo de una satisfacción inmediata, y aguijoneadísimos por la impaciencia. Los dos reyes se recluyeron en sus respectivos apartamientos, y los dos acariciaron la idea de poseer á Kumarita. Esta idea nacía intensa en el rey mayor; pero con aquella intensidad propia de quien, columbrando en lo porvenir mucho tiempo, trata de una resolución suprema ligada con la vida toda. El rey menor, Iodlah, sentía mayores ímpetus. Como pasara un día entero pensando en la noche próxima de sus satisfacciones múltiples, no podía conformarse con haber en un solo momento perdido el codiciado logro de su apremiante apetito. Además, con esta sensual impaciencia sumábanse los celos. Había creído ver en la manera como su rey mirara desde su carro á la hermosa figura de Kumarita, en los suspiros escapados á su pecho, en la manera de volver la cabeza cuando la perdió de vista, un amor naciente. Y esto faltaba para enconar todavía más el odio de aquel vasallo con diadema y cetro al rey ó supremo imperante. Si después de haberle arre-

batado, según la cuenta de sus celos, el poder allá en las cimas de aquella sociedad, le arrebatava también la ventura en el tálamo, no había remedio, uno de los dos sobraba en el mundo, pues imposible que coexistieran sus personas y sus vidas sobre la tierra y bajo el cielo. Las diversas condiciones jerárquicas no les consentían un desafío, pero sí una guerra. Y Iodlah estaba resuelto, si el rey le quitaba su predilecta de algún modo, á quitar, por su parte, al rey vida ó corona.

¡Kumarita infeliz! Había subido al cielo casta y dulce paloma en pos de una estrella, y sólo había encontrado un milano. Tres días con tres noches duró lo que llamamos en la lengua vulgar capilla, tratándose de reos, y lo que resultaba realmente una preparación indispensable al holocausto en aquellas comarcas. La virgen aria nació con la castidad innata en los pueblos de su raza, donde los hombres no habían jamás conocido la poligamia ni las mujeres la poliandria. Si en vez de vivir bajo la dominación de los reyes conquistadores y de los brahmanes teócratas, viviera en los siglos védicos, madre de familia, ó sacerdotisa virgen, aquellas apartadas y purísimas costumbres no le hubieran dado jamás ocasión al arrepentimiento. Pero el dominio de las aristocracias y de las monarquías alterólas al extremo de pudrir las en una terrible co-



rrupción. Y esta corrupción trajo las fiestas lascivas, en cuyas incidencias soltábase todo freno á los apetitos y se trasmutaban los templos de los dioses en orgías de la prostitución. Su virginal y casta naturaleza sentíase como herida por tal afrenta, que las costumbres pudieron convertir en santidad, pero no su conciencia, sobrepuesta por su vigor y por su luz á tales supersticiones. Digna hija de los arios, resto sublime de las mujeres védicas, opuesta del todo al orgiástico culto en que degenerara la religión brahmánica, moría satisfecha con tal de no cometer acto ninguno contrario á las leyes grabadas en su alma y á los impulsos sobrenaturales de su casto temperamento. En la celda ó calabozo donde la sepultara su delito, veía los preparativos del holocausto á que se hallaba sujeta por haberlo así querido su voluntad y su pensamiento; pero los veía con la calma natural que sugieren á todos cuantos se sacrifican estos sus voluntarios suicidios.

Pero los brahmanes habían tramado, allá en sus confabulaciones, una terrible agravación á la pena del fuego. No les bastaba con lanzar la pobre virgen á la terrible hoguera; necesitaban atormentarla en lo que más ella quería, en su pureza y castidad. Ya que, repulsiva por temperamento á las orgiásticas ceremonias del culto, había violado la liturgia

por salvar su virginidad y preferido la muerte á una mancha ó una sombra en lo que llamaba ella su pureza, ¡cruel!, habían decretado inmolar también todo cuanto ella más amaba, entregándola bárbaramente á un paria, con ánimo de que padeciesen á un mismo tiempo sus altos instintos nativos y sus supersticiones sociales. Uno de los mayores daños que la casta engendra es la enemiga suscitada por su existencia entre todas las clases. Y sucede que mientras más inferiores son mayor odio profesan á las clases que yacen bajo ellas. El sudra, el último entre los indios, odiaba, como podían el sacerdote y el guerrero, á los infelices denominados parias, puestos fuera de la sociedad en régimen de suyo tan cruel y bárbaro como las castas. Por consecuencia, el decreto teocrático á cuya virtud Kumarita sería, en presencia del holocausto mismo profanada por los parias, agravaba la triste situación de aquella virgen animosa y le imponía, como supremo recurso, un violento suicidio. Los enemigos, airados con su doble crimen, el de haber pretendido romper y desconcertar el régimen de las castas, tan de suyo concertado como las esferas celestes, y el haber querido suspender las grandes fiestas litúrgicas del otoño equinoccial, preparábanse á un desquite, dando la mayor solemnidad posible al apercebido suplicio y ofreciendo así un ejemplo



terrible y un escarmiento eficaz á todos los que intentaran desconocer las leyes religiosas y violar los poderes antiguos. No se perdonó medio de realzar, como un gran espectáculo, aquel extraordinario crimen de lesa humanidad. El campo tomó aspecto de templo, las piedras puestas para sostener el voraz brasero aspecto de ara, y la hoguera, por sándalo y otras maderas olorosas alimentada, verdadero aspecto sacro.

Mientras pasaba todo esto en la pagoda que los indios consagraran á Nari, dos hombres se consumían á una en el cuidado y en el insomnio, presos por las gracias de la hermosa y desdichada sacerdotisa. El uno, Agastya, sentíase conmovido por amor espiritual, y por amor carnal el otro. En estas sus dos pasiones, aunque análogas, diversas, reconocíanse igualmente doloridos: con dolor más intenso y profundo, el rey superior; con dolor más violento, dolor impacientísimo, el rey vasallo. ¿Cómo habían de consentir, ni uno ni otro, que infame paria, proscripto de la sociedad, sombra de la vida, ludibrio de las gentes, gozase un amor como el que apetecía Iodlah en el delirio de sus sentidos, ó como el que su rival experimentaba en los hondos afectos de su espíritu, sin oponerse á tan tremendo acto, durante cuya perpetración, mientras ella se moriría de vergüenza, ellos se morirían de celosos

y desesperados? Mas para redimir á Kumarita necesitaban los dos, por llevar corona, recordarse á sí lo vivo de las supersticiones populares y la sublevación de los ánimos, á cuyas nefastas consecuencias ambos se hallaban expuestos, de colocar en el trono y en el tálamo propios á la hija de un maldito sudra. El temor natural á los ciegos fanatismos de las muchedumbres tenía tal intensidad en ellos, que recelaban perder la corona de sus sienes por llevar la paz á sus corazones. Los dioses habían puesto insuperables obstáculos á la confusión de las castas; los brahmanes habíanla maldecido por tal modo, que sus rigores iban allende la cólera divina, y la superstición popular, sobreexcitada por todas las otras clases, y especialmente por los sacerdotes y por los reyes, mantenía el aislamiento entre las jerarquías y las estirpes, hasta el punto de temerse con razón una caída en el abismo, si audaz príncipe saltaba por encima de todos estos obstáculos y caía entre los escándalos de su pueblo al pie de inferior y desgraciada sudra. Sin embargo, no había más remedio, no lo había, que la terrible alternativa, ó bien de lanzarla en brazos del paria y en las llamas de una hoguera, ó bien elegirla para regia esposa, con el fin de que, perteneciendo á superior casta, no resultase crimen su deseo de subir hasta sacerdotisa del sol. En tal



perplejo estado, tanto de conciencia como de ánimo, se hallaban por aquellas terribles circunstancias los dos preclaros monarcas de la India.

Noche terrible para el poderoso Agastya la noche precedente al sacrificio de Kumarita. En vano se había recluso dentro del cubículo más oculto; la idea que le asediaba continuamente iba con él, y no podía desasirse de su imperio y de sus imposiciones. Febril, nervioso, demente, los ojos fuera de las órbitas, los latidos resonantes de su corazón ahogándolo, paseaba en las altas horas nocturnas aquel su pesar por las terrazas de su palacio, y no sabía qué genio invocar ni á qué fuerza mágica recurrir en pos de un consuelo para lo presente y de una esperanza para lo futuro. ¡Ah! Los dioses del cielo y las sombras del mundo, desde los astros deslumbradores en aquellas horas terribles hasta los templos envueltos en sombras, todo parecía volverse así contra sus propósitos como contra sus pensamientos, y todo indicarle ruina cierta y muerte infelicísima si levantaba la hija de un sudra pobre y desgraciado á las alturas de un trono espléndido y potente. ¡Con qué sentida envidia miraba el rey á los igualados en clase y estirpe con la predilecta de su corazón, y cómo hubiera querido pertenecer á ellos para encontrar en su oscuridad las venturas negadas á esas eminencias donde se con-

densan las tempestades y se fulminan los rayos! En su dolor, como buen hijo de aquella sociedad poseída por el sentimiento religioso, apeló Agastya naturalmente á lo que apelaban todos los de aquel tiempo y de aquel pueblo, á interrogar los astros y oír su respuesta, observando, á pesar del doble sentido con que las aducían siempre, por cuál camino le señalaban alguna salida en su perplejidad. Destacábase á la vista, entre las espesas sombras de aquella noche, agrandada al par de oscurecida, la pagoda enorme de la virgen diosa, en cuyos calabozos plañía su amada lo triste de su destino y lo cercano de su muerte, cuando creyó columbrar sobre mole tanta un astro esplendísimo, el cual, á guisa de ave gigantesca, en aquellos espacios centelleaba, enviando con el resplandor de sus rayos el resplandor también de sus revelaciones. Y preguntado al astrólogo de su corte qué significaba y quería decir aquella predilección de un astro luminoso por el sitio donde la pagoda se levantaba y erguía, díjole que una paloma cándida, puesta por los sacerdotes entre los seres escogidos para el sacrificio, se levantaba tanto del ara como del fuego, y en rápidos y majestuosos aleteos ascendía por las alturas celestiales hasta penetrar en el sol.

Amanecía. ¡Cuán hermoso el amanecer en la India! Verdad que carecen las regiones tropicales



del melancólico crepúsculo á cuyos perlados albo-reos comienza la mañana entre nosotros con suave luz, de suyo semejante á una melodía; pero verdad también que se animan y encienden los días nuevos con inopinado esplendor y brillo, el cual así deslumbra vuestros ojos como subyuga vuestro ánimo. Aquellos grandiosos árboles, cuyos ramajes entrelazados prestan á las selvas apariencias de verdes macizos monumentos; aquellas sombras, que se caen, como desvestidas por mágico arte y devoradas instantáneamente por los profundos abismos; aquellas diáfanas evaporaciones surgidas al beso de la luz y que recuerdan nubarrones transparentes ú Océanos cristalinos; aquel cambio súbito de la noche al día, en que un rumor fragoroso de notas estalla y en que una catarata de vida nueva cae por doquier y lo inunda todo en diluvio de calor y electricidad; los esperezamientos de numerosas especies; el despertar de insectos cuyas alas multicolores forman volanderos y cambiantes iris; las bandadas múltiples de aves, por plumajes increíbles como de pedrerías y de sedas varias ceñidas y adornadas; los innumerables reptiles, de un brillo indefinible, arrastrándose por los sorgos y por los cañaverales, ciñéndose á los troncos de las palmeras y de los cocoteros, mientras las águilas revolotean por sus coronas y por sus cogollos; todo

cuanto allí se patentiza y descubre con la primera lumbre, muestra de súbito la exuberancia de vida revelada luégo en sus colosales templos y en su hiperbólica poesía. Entre tanta vida, la muerte abría sus alas de murciélago, preparándose, ave carnicera y feroz, á devorar la víctima santa, especie de azucena purísima que se había ofrecido en las aras de sus altares y en los templos de sus dioses por no manchar su nítida pureza. El Ganges corría con mayor majestad, si cabe, y brillaba la lumbre diurna con esplendores más deslumbrantes, tras el súbito amanecer tropical. Hoguera compuesta de leños olorosos, de sándalo, de cedro, de limonero y rociada de purísimas esencias apercebidas por sacras manos aguardaba la víctima preciosa conforme ya con el holocausto y aguardando la señal y la hora de consumarlo con perfecta resignación, como si la muerte fuera tan sólo á sus ojos un cambio nuevo y una metamorfosis de la vida. Grande y numerosa procesión acompañaba naturalmente á la que perecía y acababa por un mandato sobrenatural directamente caído del cielo. Al fin de la procesión iba Kumarita deslumbradora, en traje nupcial envuelta, como si la tumba hubiera de ser un tálamo de amor, ceñida con flores, realzada con sacros signos, puesta en áureas andas y acatada, como si en lugar de pertenecer á



los mortales perteneciese á los dioses y la hoguera preparada para recibirla resultase al cabo como nube muy hermosa en cuyos senos subía de un vuelo al empíreo.

La juventud no suele creer en la muerte. Como la sangre circula con tanto ímpetu por sus venas, como el ardor de la combustión vital se mantiene tan intenso en sus cuerpos, como el corazón late con tanta fuerza en sus pechos, como la pasión centuplica su sér y le impele con vertiginoso movimiento á las múltiples y grandes acciones, como cada idea toma brillantísimas alas de ilusión á sus ojos y en todos los espacios oye una especie de sinfonía formada por el concierto de los seres y de las cosas así como los creadores ósculos del amor y de la generación universales, créense los jóvenes dotados por el cielo de indudable inmortalidad y no columbran en torno suyo, por ninguna parte, la muerte, cual si desconocieran ó ignoraran la fragilidad y la brevedad de todos los seres arrastrados en el torbellino inmenso de las transformaciones cósmicas en que naturaleza conserva bajo una superior y suprema unidad sus múltiples y necesarias variedades. Todo se aviva en el grande hogar de los seres, y todo se metamorfosea, y todo muere, y todo renace; pero aquello que menos dura, la flor, la esperanza, la mocedad, se cree lo más vivo y per-

durable. La juventud no puede, no, dar asenso á la muerte. Y no se lo había dado Kumarita. Los suspiros de Iodlah, que resonaban como ardiente fragua en sus orejas, y la turbación de Agastya, que había mostrado al verla todas las perturbaciones reveladoras de un grande amor, animábalan con presagios felices á creer en su próxima y suprema salvación. Pero, aun suponiendo que no sucediese así, que las ilusiones y las esperanzas de su juventud se frustrasen, que le fuese necesario morir en la hoguera litúrgica, por mandato de sus sacerdotes abrasada, preferíalo á vivir, esposa de todos, entre aquella prostitución arraigada en las perversiones de costumbres traídas por la teocracia. Durante las tres noches de lo que podíamos llamar su capilla la virgen india no desconfió un minuto de su salvación. Desconocía el camino por donde podría venir, pero esperaba en ella con firmísima esperanza. Imaginaba que así como los dioses crearan pareadas ciertas avecillas, habíanle dado también, desde los altos montes donde habitan, un alma purísima pareada con otra, igual de todo en todo á la suya. Y buscaba con ahinco esa grande alma, la cual debía venir á salvarla ó morir con ella, quedándose con seguridad en la tierra ó de la tierra saliéndose al par de su alma. Podía estar muy lejos, pero más lejos están las estrellas amantes, los